

Una apuesta fuerte por los productos del Mercosur

La negociación que empieza mañana en Buenos Aires es clave para acordar con la UE un tratado comercial beneficioso.

Por Felipe de la Balze - ECONOMISTA Y NEGOCIADOR INTERNACIONAL

La Argentina y sus socios del Mercosur inician mañana, en Buenos Aires, la negociación de un importante Tratado de Libre Comercio con la Unión Europea (la UE). Las negociaciones se lanzaron en 1999 y se bloquearon en 2005 por la tradicional resistencia de la UE a abrir su mercado agrícola y de alimentos a nuestros productores.

Los países europeos tienen fuertes lazos históricos, culturales y demográficos con la Argentina. Los vínculos económicos fueron intensos durante la primera mitad del siglo XX; hasta 1950, casi el 70% de nuestro comercio internacional era con Europa. Durante la segunda mitad del siglo XX, Europa avanzó en la concreción de un admirable proyecto de integración regional. Desafortunadamente, uno de sus pilares fue un cerrado proteccionismo en materia de alimentos (la llamada Política Agrícola Común), que achicó nuestros mercados externos y penalizó nuestro crecimiento. La relación también sufrió las consecuencias de la Guerra de las Malvinas que causó, durante 1982 y 1983, un doloroso embargo económico hacia nuestro país. Con el retorno de la democracia, se inició un período de acercamiento y creciente cooperación. Durante el gobierno del presidente Alfonsín se levantó el embargo europeo y se firmaron acuerdos de cooperación económica con España e Italia. Luego, durante la década de 1990, las empresas europeas lideraron el proceso de privatización y modernización de los servicios públicos. Las Agencias de Crédito a la Exportación europeas financiaron con créditos de largo plazo la importación de bienes de capital, y una porción significativa de los bonos emitidos por la Argentina fue colocada con inversores europeos.

La dolorosa crisis del 2001-2003 afectó adversamente a todos los intereses extranjeros involucrados con la economía argentina. Pero los más perjudicados fueron los intereses europeos. En el campo de las empresas inversoras, la desordenada salida de la Convertibilidad -en particular el congelamiento tarifario- dejó numerosos heridos en el camino. Algunas empresas disgustadas con el país se retiraron e iniciaron reclamos ante los tribunales internacionales de arbitraje, principalmente el CIADI. La mayoría decidió quedarse, negociar con el Gobierno y simultáneamente iniciar acciones legales. A posteriori, el Gobierno renegoció con varias empresas (la extensión o la ampliación de la concesión) y obtuvo el retiro de varios de los reclamos. Pero la lista de demandas irresueltas en los tribunales es todavía extensa. Por su parte, en el universo de las Agencias de Crédito a la Exportación, las entidades europeas fueron las más afectadas por la moratoria argentina (son tenedoras de más del 65% de los créditos impagos). Dichos créditos fueron posteriormente transferidos a las tesorerías nacionales.

Esto genera recurrentes problemas políticos cuando, en la ocasión del debate presupuestario, la situación de incumplimiento de la Argentina es traída a la palestra en los niveles más altos de los estados (incluso los parlamentos), donde los reproches argentinos al FMI caen en un saco roto. Nuestro gobierno ha postergado la renegociación -en el llamado Club de París- al negarse a aceptar una revisión de la

situación económica del país por el FMI. Desafortunadamente, los precedentes no favorecen la postura argentina.

El FMI ha sido el consejero permanente del Club de París desde su creación en 1956. La expectativa del gobierno argentino de modificar sus procedimientos habituales - aceptados por más de 40 países durante los últimos cincuenta años- no es realista. Finalmente, un segmento importante de pequeños y medianos inversores alemanes e italianos no aceptó la propuesta de canje de la deuda pública del año 2005, hecho penoso por el impacto mediático -y en consecuencia político- que suscita esta circunstancia en el país de origen. En la nueva propuesta de canje de la deuda pública que el Gobierno instrumentó durante los últimos 90 días, se incorporaron, con buen tino, condiciones preferenciales para dicho universo de bonistas. El canje fue parcialmente exitoso, quedando afuera un grupo de bonistas que continuarán reclamando, ante sus gobiernos y en los estrados judiciales, sus acreencias impagas.

En este contexto de problemas irresueltos se presenta ahora la oportunidad de negociar un acuerdo de libre comercio entre el Mercosur y la UE. La negociación que se inicia mañana será difícil y compleja. Se trata de negociar reducciones arancelarias graduales -en un horizonte de quince años- sobre más del 90% de los productos sujetos al comercio internacional. Además, para asegurar el acceso de nuestros productos al protegido mercado europeo, habrá que acordar cuotas mínimas en diversos productos alimenticios (entre otros carnes aviar, bovina, lácteos) y asegurarse que las prácticas sanitarias europeas no se transformen en nuevas barreras al comercio. Para satisfacer la agenda europea, habrá que acordar aranceles industriales, derechos a la propiedad intelectual, denominaciones de origen y negociar las bases para una mayor integración de la industria del automóvil y las autopartes.

Sería provechoso para la Argentina que nuestros negociadores llegaran a buen puerto. Se trata de intensificar nuestra relación económica y política con Europa, fortalecer nuestra posición internacional y preparar a nuestras empresas para enfrentar los desafíos y oportunidades que, en el futuro, vendrán mayoritariamente de Asia. Se trata también de normalizar la zarandeada relación entre la Argentina y Europa. Los acuerdos logrados necesitarán la aprobación parlamentaria de todos los países participantes. Obtener dicha aprobación requerirá que nuestro Gobierno resuelva los problemas pendientes (con empresas, bonistas y Agencias de Exportación).

Después podremos reconstruir, sobre bases más provechosas y ambiciosas, nuestra relación con el Viejo Continente.